

GIOACCHINO PECCI
(Luego León XIII)

LA PRÁCTICA DE LA HUMILDAD

Ediciones Populares
Guadalajara
México



© 2005 Morgan Software para la edición electrónica

Este archivo pertenece a una biblioteca circulante. No puede venderse ni arrendarse. Tampoco imprimirse.

Titulo: LA PRACTICA DE LA HUMILDAD

Con Licencia Eclesiástica

EDICIONES POPULARES

En Guadalajara, Jal.

Luis Cabrera 531, Colinas de la Normal. Tel. y Fax. 824-34-25 C.P. 44270

En México, D.F.

Sr. Joaquín Flores Merino. Guty Cárdenas 6, Col. Guadalupe Inn. Fax, Tel.
593-63-26 C.P. 01020

En Monterrey, N.L.

Librería Beityala, S.A. de C.V.

Av. San Pedro 106 Sur. Col. del Valle.

Tels. 378-01-42 _356-86-55

Fax: 335-00-80

C.P. 66220

PRESENTACIÓN

El mes de febrero de 1878 moría santamente en Roma Pío IX, a la edad de 86 años, después de un fecundo pontificado de treinta y un años, el más largo que registran los anales del Papado. Al décimo día de su muerte el Sacro Colegio Cardenalicio se reunía en Cónclave y en el tercer escrutinio, setenta y dos horas más tarde, elegía al sucesor de Pío IX, el Cardenal Vicente Joaquín Pecci, que tomaría el nombre de León XIII. Con este Papa se abría una nueva etapa en la historia de la Iglesia. Privados los Romanos Pontífices del carácter de príncipes temporales que durante siglos les había acompañado, vivirían desde entonces únicamente por la Iglesia y para la Iglesia como padres espirituales del Pueblo de Dios.

- León XIII contaba 68 años de edad al subir al trono pontificio, y Dios le concedería aún 25 más, que el Papa iba a dedicar, sin escatimar esfuerzo y sacrificio, a una intensísima actividad pastoral, apostólica y diplomática, con infatigable amor y espíritu de servicio a la santa Iglesia. En julio de 1903, luego de recibir con gran piedad

la Unción de los Enfermos y tras una brevísima agonía, León XIII terminaba serenamente su largo peregrinar en esta tierra a la edad de 93 años. La Iglesia perdía un hombre que, con palabras de uno de sus biógrafos, «había sido para toda la humanidad una gran luz».¹

Años atrás, mucho tiempo antes de ser elegido Papa, Gioacchino Pecci había sido nombrado obispo de Perugia y durante treinta y dos años había ocupado la silla episcopal de aquella ciudad. Desde el principio de su gobierno en esa diócesis, el año 1846, Mons. Pecci había impulsado con gran celo una fecunda labor de instrucción científica, moral y religiosa en todas las clases de la sociedad, pero principalmente entre los sacerdotes. Con particular energía y afecto se preocupó de la formación de su clero, concediendo una especial atención al seminario diocesano, mejorando el programa de estudios, creando nuevas cátedras y proveyéndolas con los mejores profesores, como también dirigiendo a los

¹ Ferdinand Hayward, Biografía de León XIII, Ed. Luis de Geralt, Barcelona 1951, p. 335.

sacerdotes frecuentes exhortaciones pastorales y publicando diversos escritos orientados a su perfeccionamiento moral.

Fue precisamente en aquel período de su vida cuando, por mandato suyo, se realizó la - primera edición italiana "del escrito que ahora presentamos con el título de "La práctica de la humildad".

Se ha discutido —y aún hoy no se ha llegado a una conclusión final— si esta obra fue escrita en su totalidad por Gioacchino Pecci, o si más bien se trata de un escrito inédito hasta entonces y de autor anónimo que, por la riqueza espiritual de su contenido, el futuro Papa recopiló y publicó añadiendo tan sólo una "Introducción" de su propia pluma. Sea cual fuere la realidad al respecto, lo que sí resulta patente es el gran valor doctrinal y ascético de los conceptos vertidos en el libro y la importancia primordial que el Obispo daba a la práctica de la humildad como medio indispensable para alcanzar una sólida vida cristiana. Así lo hizo constar en la Introducción citada con estas palabras: «¿Queréis levantar el edificio de las virtudes cristianas?, sabed que es de una altura inmensa: procurad echar los cimientos muy hondos con la humildad».

El libro en realidad no pretende ni constituye un tratado teológico, ni puede considerarse como un estudio erudito y sistemático sobre dicha

virtud. Su carácter es distinto. Se trata de un selecto conjunto de consejos prácticos sobre la humildad, aplicables a la vida ordinaria de todo cristiano. Son señalamientos profundos y claros para guiar certeramente la conducta humana hacia los ideales de santidad que Cristo nos propone, a través de las diversísimas situaciones personales en que cada alma puede encontrarse, y en las múltiples y variadas relaciones del ser humano con sus hermanos los hombres.

La naturaleza del libro es ascética. Presenta una amplia gama de advertencias e invitaciones que reflejan el celo ardiente del Pastor, urgido por el deber de conducir a su grey y persuadido íntimamente de que la humildad es imprescindible para lograr el éxito en el negocio más importante que cada hombre tiene entre manos: la salvación de su alma.

Sus consejos son exigentes, difíciles de seguir — frecuentemente —, y en algunos casos demandan una virtud heroica, lo cual no debe sorprendernos, pues es bien sabido de todos que la humildad nunca ha sido virtud fácil de vivir: su ejercicio pide un genuino amor por la verdad, que lleve al hombre a la aceptación serena y sincera de su propia insignificancia y al reconoci-

miento honrado de sus numerosas miserias y errores. Exige, por otra parte, la superación magnánima del afán de dominio y del deseo íntimo de sobresalir y brillar por encima de los demás, para sustituirlos por una actitud de servicio hacia todos los que nos rodean siguiendo el ejemplo de Cristo.

Ser humilde, por todo ello, cuesta mucho, y resulta solución fácil renunciar al intento de andar por ese camino. Sin embargo, quien con apoyo en la gracia divina y ánimo generoso se decide a luchar por recorrer esa senda, no se arrepentirá nunca de haberlo hecho.

Los frutos de la humildad son una recompensa inmensamente grande que lleva a descubrir la infinita bondad y misericordia de Dios, que no rechaza al hombre a pesar de sus ofensas y su pequeñez, abriendo así un cauce amplio para poder convertir la vida entera en oración y alabanza agradecida y gozosa a El. Asegura, por otra parte, el mérito de las buenas obras al conducirnos a no buscar la propia gloria sino la de Dios. De esta manera el mérito se irá acumulando hasta formar un tesoro incorruptible para la vida eterna, en lugar de quedar reducido a las cenizas de una efímera satisfacción pasajera.

Además conduce gradualmente al hombre al olvido de sí mismo, y lo va capacitando para vivir el verdadero amor al prójimo con aquella caridad que San Pablo describe con fuerza en su primera carta a los Corintios: «La caridad es magnánima, es benigna: no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en ía verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera».²

Finalmente, la humildad comunica a quien la vive un optimismo irreductible y una permanente audacia apostólica que derivan directamente de haber aprendido a no apoyarse en las propias fuerzas, sino en la ayuda divina; la persona humilde cuenta siempre con Dios y confía en El, y de esta manera puede repetir con verdad las palabras de i Apóstol: «Continuaré gozándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza

² 13, 4-7.

de Cristo [...], pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte».³

³ 2 Cor 2, 9-10.

Terminemos esta breve presentación recordando, como síntesis, aquella invitación del Divino Maestro dirigida a sus discípulos de todos los tiempos: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas».⁴

Ojalá que cada uno de nosotros sepa escucharlo y poner por obra su consejo.

Ignacio Campero Alatorre, Pbro.

⁴ Mt 11, 29.

Siendo Obispo de Perugia el que luego sería el Papa Pecci (S.S. León XIII), apareció, por mandato suyo, la primera edición italiana de La práctica de la humildad.

Aunque todas las ediciones aparecidas (tanto italianas como españolas) lo hacen bajo su nombre, no está totalmente claro que la obra se deba a su pluma.

Aún cuando fuera cierto, como afirman algunos, que a León XIII únicamente se debe la Introducción, el resto de su contenido debió ser profundamente conocido, meditado y, recopilado por él.

Se trata de 60 puntos que constituyen un guión de cómo se debe vivir para conseguir la virtud de la humildad. "No creas que vas a adquirir la humildad sin las prácticas que le son propias" (punto VII). Este procedimiento directo, al alcance de cualquier mano, tuvo necesariamente que influir en la vida de Joaquín Pecci, hasta el punto de que cabe dudar de si transcribió al libro la experiencia del ejercicio de su propia virtud o si aprendió en el manuscrito anónimo la práctica constante de la humildad.

INTRODUCCIÓN

El fundamento de la perfección cristiana, según opinión común de los santos Padres, es la humildad. "Para hacerse grande - dice San Agustín - hay que comenzar por hacerse pequeño. ¿Queréis levantar el edificio de las virtudes cristianas?, sabed que es de una altura inmensa: procurad echar los cimientos muy hondos con la humildad, porque quien quiere construir un edificio excava los cimientos en proporción de su mole y de la altura a que lo quiere levantar

Este opúsculo que os dedicamos, hijos carísimos, os enseña a practicar la humildad, es decir, os enseña a echar los cimientos de la perfección cristiana. Considerad, pues, la importancia que tiene para vosotros que estáis obligados a ser perfectos como vuestro Padre celestial; por lo cual estamos seguros que nuestro don será muy de vuestro agrado; porque es una nueva prenda del amor que os tenemos, y, sobre todo, un medio efficacísimo para la salvación de vuestra alma, que es el negocio más importante que tenéis entre manos.

Un último motivo nos ha movido al aconsejaros este libro: el fin de la carrera eclesiástica que habéis emprendido. Fin que consiste no sólo en alcanzar vuestra santificación, sino también en promover la de los demás, ampliando el reino de Cristo con los mismos medios que Él empleó durante su vida mortal, y la humildad de corazón fue su enseña principal. Con esto podréis vencer la soberbia del mundo y sembrar en todos los corazones la mortificación y la humildad de la Cruz. Y, ya que Jesucristo antes de enseñar quiso hacer, si vosotros también, a ejemplo suyo, entráis en el ministerio sacerdotal formados ya en la práctica de la humildad, de este manantial inagotable de todas las virtudes brotarán palabras de aliento, de estímulo, de celo, que confirmarán a los justos en la santidad y atraerán a los que caminan por el vicio y por la perdición al camino de las virtudes y de la salud.

Sed, pues, cada uno de vosotros ese discípulo que va recibiendo de esta obra que os dedicamos, como de un Maestro espiritual, las lecciones sobre la práctica de la humildad, y no olvidéis nunca, queridos hijitos, que el mayor consuelo que nos podéis dar es que seáis humildes, mansos y obedientes. Confiando veros

siempre así, y deseando que realmente lo seáis, al bendeciros a todos en el Señor os recomendamos, una vez más, con todas nuestras fuerzas, que pongáis todo vuestro empeño en cumplir lo que este libro os aconseja.

GIOACCHINO CARDENAL PECCI

Obispo de Perugia.

(Y, posteriormente, S.S. León XIII)

LA PRÁCTICA DE LA HUMILDAD

Es una verdad incontrovertible que no habrá misericordia para los soberbios, que para ellos permanecerán cerradas las puertas de los cielos, y que el Señor sólo las abrirá a los humildes.

Para convencerse, basta abrir las Sagradas Escrituras, que continuamente nos enseñan que Dios resiste a los orgullosos, que humilla a los que se ensalzan, que hay que hacerse semejantes a los niños para entrar en su gloria, que quien a ellos no se asemeje será excluido, y, por último, que Dios sólo otorga su gracia a los humildes.

Nunca estaremos bastante convencidos de lo importante que es para los cristianos, y especialmente para los que han emprendido la carrera eclesiástica, el esforzarse en practicar la humildad y el arrojar del espíritu toda presunción, toda vanidad, todo orgullo. No hay que ahorrar esfuerzo ni fatiga para salir airoso en una empresa tan santa; y como es cosa que no se puede lograr sin la gracia de Dios, hay que pedirlo insistentemente, sin cansarse nunca.

Todo cristiano ha contraído en el bautismo la obligación de seguir las huellas de Jesucristo, que es el modelo al que debemos conformar

nuestra vida. Ahora bien, este divino Salvador ha vivido la humildad hasta el extremo de hacerse el oprobio de la tierra, para abajar lo más elevado y curar la llaga de nuestro orgullo, enseñándonos con su ejemplo el único camino que lleva al cielo. Esta es, para hablar con propiedad, la lección más importante del Salvador: Discite a me.

Tú, pues, oh discípulo de este divino Maestro, si quieres adquirir esta perla preciosa, que es la prenda más segura de santidad y la señal más cierta de predestinación, recibe dócilmente los avisos que te voy a dar y ponlos fielmente en práctica.

I

Abre los ojos de tu alma, y considera que no tienes nada tuyo de que gloriarte. Tuyo sólo tienes el pecado, la debilidad y la miseria; y, en cuanto a los dones de naturaleza y de gracia que hay en tí, solamente a Dios, de quien los has recibido como principio de tu ser, pertenece la gloria.

II

Concibe un profundo sentimiento de tu nada y hazlo crecer continuamente en tu corazón a

despecho del orgullo que te domina. Persuádete en lo más íntimo de ti mismo que no hay en el mundo cosa más vana y ridícula que querer ser estimado por dotes que has recibido en préstamo de la gratuita liberalidad del Creador; puesto que, como dice el Apóstol, si las has recibido, ¿Por qué te glorías como si no las hubieses recibido?

III

Piensa a menudo en tu debilidad, en tu ceguera, en tu bajeza, en tu dureza de corazón, en tu sensualidad, en la insensibilidad por Dios, en tu apego a las criaturas y en tantas otras inclinaciones viciosas que nacen en tu naturaleza corrompida; y que esto te lleve a abismarte de continuo en tu nada y a ser muy pequeño y muy bajo a tus ojos

IV

Imprime en tu espíritu el recuerdo de los pecados de tu vida pasada; persuádete de que el pecado de soberbia es un mal tan abominable, que cualquier otro en la tierra y en el infierno es muy pequeño en comparación con él; este pecado fue el que hizo prevaricar a los ángeles en el cielo y los precipitó a los abismos; el que corrompió a todo el género humano y desencadenó sobre la

tierra la multitud infinita de males que durarán lo que dure el mundo, lo que dure la eternidad. Por otra parte, un alma cargada de pecados es sólo digna de odio, de desprecio, de tormento; mira, pues, qué estima puedes tener de tí mismo, después de tantos pecados de que te has hecho culpable.

V

Considera, además, que no hay delito. por enorme y detestable que sea, al que no se incline tu malvada naturaleza y del que no puedas hacerte reo; y que sólo por la misericordia de Dios y por el auxilio de su gracia te has librado hasta el presente de cometerlo (según aquella sentencia de San Agustín, que no hay pecado en el mundo que el hombre no pueda cometer si la mano que hizo al hombre dejara de sostenerlo) Lamenta interiormente un estado tan deplorable y resuelve firmemente reputarte entre los más indignos pecadores.

VI

Piensa a menudo que más pronto o más tarde has de morir, y que tu cuerpo se pudrirá en la sepultura; ten siempre ante los ojos el tribunal inexorable de Jesucristo, ante el cual todos

necesariamente hemos de comparecer; medita en los eternos dolores que esperan a los malos en el infierno, y especialmente a los imitadores de Satanás, que son los soberbios. Considera seriamente que el velo impenetrable que esconde al ojo mortal los juicios divinos te impide saber si serás o no del numero de los réprobos, que en compañía de los demonios serán arrojados eternamente a aquel lugar de tormentos para ser víctima eterna de un fuego encendido por el sople de la ira divina. Esta incertidumbre te servirá para mantenerte en una extrema humildad y para inspirarte un saludable temor.

VII

No creas que vas a adquirir la humildad sin las prácticas que le son propias, como son los actos de mansedumbre, de paciencia, de obediencia, de mortificación, de odio a tí mismo, de renuncia a tu propio juicio, a tus opiniones, de arrepentimiento de tus pecados y de tantos otros; porque éstas son las armas que destruirán en tí mismo el reino del amor propio, ese terreno abominable donde germinan todos los vicios y donde se alinean y crecen a placer tu orgullo y presunción.

VIII

Mientras te sea posible, mantente en silencio y recogimiento; mas que esto no sea con perjuicio del prójimo, y cuando tengas que hablar hazlo con contención, con modestia y con sencillez. Y si sucediera que no te escuchan, por desprecio o por otra causa, no des muestras de disgusto; acepta esta humillación y súbrela con resignación y con ánimo tranquilo.

IX

Evita con todo cuidado las palabras altaneras, orgullosas o que indiquen pretensiones de superioridad; evita también las frases estudiadas y las palabras irónicas; calla todo lo que pueda darte fama de persona graciosa y digna de estimación. En una palabra, no hables nunca sin justo motivo de tí mismo y evita todo aquello que pueda cosecharte honras y alabanzas.

X

En las conversaciones no te mofes ni zahieras a los demás con palabras y sarcasmos; huye de todo lo que huela a espíritu del mundo. De las cosas espirituales no hables como un maestro que da lecciones, a no ser que tu cargo o la caridad te lo impongan; conténtate con

preguntar a persona avisada que pueda aconsejarte; porque el querer dárseles de maestro sin necesidad es echar leña al fuego de nuestra alma, que se consume ya en humo de soberbia.

XI

Reprime con todas tus fuerzas la curiosidad vana e inútil; por eso, no te afanes demasiado por ver esas cosas que los mundanos tienen por bellas, raras y extraordinarias; esfuérzate, en cambio, por saber cuál es tu deber y lo que puede aprovecharte para tu salvación.

XII

Muestra siempre un gran respeto y reverencia a tus superiores, una gran estima y cortesía a tus iguales y una gran caridad a los inferiores; persuádate que el obrar de otra manera sólo puede ser efecto de un espíritu dominado por la soberbia.

XIII

Conforme a la máxima del Evangelio, busca siempre el lugar más bajo, en la sincera persuasión de que precisamente por serlo es el que más te conviene. Asimismo, en las necesidades de la vida, no apuntes demasiado alto en tus deseos y en tus preocupaciones; conténtate

con cosas sencillas y modestas, que son las que más se compadecen con tu poquedad.

XIV

Si te faltan los consuelos temporales y Dios te quita los espirituales, piensa que has tenido siempre más de los que merecías; conténtate con lo que el Señor te envía.

XV

Cultiva siempre en tu interior la santa costumbre de acusarte, reprenderte y condenarte. Sé juez severo de todas tus acciones, que van siempre acompañadas de mil defectos y de las continuas pretensiones del amor propio. Concibe a menudo un justo desprecio por tí mismo al verte en tus acciones tan falto de prudencia, de sencillez y de pureza de corazón.

XVI

Evita como un mal gravísimo el juzgar los hechos del prójimo; antes bien, interpreta benignamente sus dichos y hechos, buscando con industriosa caridad razones con que excusarlos y defenderlos. Y si fuera imposible la defensa, por ser demasiado evidente el fallo cometido, procura atenuarlo cuanto puedas, atribuyéndolo a inadvertencia o a sorpresa, o a algo semejante,

según las circunstancias; por lo menos, no pienses más en ello, a no ser que tu cargo te exija que pongas remedio.

XVII

No contradigas nunca a nadie en la conversación cuando se trate de cosas dudosas, que pueden tomarse por el sí o por el no (en un sentido o en otro). En las discusiones no te acalores, y si tu opinión la estiman falsa o menos buena, cede modestamente y permanece en un humilde silencio. Cede también y observa igual proceder en las cosas que no tienen importancia, aun cuando estés cierto de la falsedad de la opinión contraria. En las demás ocasiones en que sea necesario defender la verdad, actúa con energía, pero sin furor ni despecho, y está seguro de que obtendrás más éxito con la dulzura que con el ímpetu y con el desdén.

XVIII

No ocasiones molestias a nadie, por ínfimo que sea, ni de palabra, ni de obra, ni con tu comportamiento, a no ser que te lo exijan el deber, la obediencia o la caridad.

XIX

Si alguien te fastidia con frecuencia y te mortifica de intento en muchas ocasiones con injurias y con ultrajes, no te aires, considéralo más bien como un instrumento del que se sirve para tu bien la misericordia de Dios, que quiere curar de este modo la llaga inveterada de tu orgullo.

XX

La ira es un vicio aborrecible en toda clase de personas, y máxime en las espirituales, que debe su violencia al orgullo que las sustenta; esfuérzate, pues, en acumular un caudal de dulzura, para que cuando te ultrajen, por honda que sea la herida de la injuria, seas capaz de conservar la calma. En esas ocasiones no alimentes ni guardes en tu corazón sentimientos de aversión o de venganza para quien te ofendió; antes bien, perdónale de corazón, convencido de que no hay mejor disposición que ésta para alcanzar de Dios el perdón de las injurias que le has hecho. Este humilde sufrimiento te cosechará muchos méritos para el cielo.

XXI

Sufre con paciencia los defectos y la fragilidad de los otros, teniendo siempre ante los ojos tu propia miseria, por la que has de ser tú también compadecido de los demás.

XXII

Muéstrate manso y humilde con todos, y más aún con aquellos hacia los que sientes una cierta repugnancia y aversión; no digas como algunos: "Dios me libre de sentir odio hacia aquella persona, pero no quiero verla a mi lado, ni tener tratos con ella". Esta repugnancia tiene su origen en la soberbia y en no haber vencido con las armas de la gracia la orgullosa naturaleza y el amor propio; porque si se abandonaran a las mociones de la gracia, sentirían esfumarse a impulsos de una verdadera humildad todas las dificultades que encuentran y soportarían con paciencia aún las naturalezas más duras y salvajes.

XXIII

Si te sobreviene alguna contradicción, bendice al Señor, que dispone las cosas del mejor de los modos; piensa que la has merecido, que merecerías más todavía, y que eres indigno de todo consuelo; podrás pedir con toda simplicidad al Señor que te libre de ella, si así le place; pídele que te dé fuerzas para sacar méritos de esa contrariedad. En las cruces no busques los consuelos exteriores, especialmente si te das

cuenta que Dios te las manda para humillarte y para debilitar tu orgullo y presunción. En medio de ellas debes decir con el Rey Profeta: ¡Cuán bueno ha sido para mí Señor, que me hayas humillado, porque así he aprendido tus mandatos!

XXIV

En la comida no debes sentir disgusto cuando los alimentos no sean de tu agrado; haz, más bien, como los pobrecitos de Jesucristo, que comen de buen grado lo que les dan, y dan las gracias a la Providencia.

XXV

Si alguien, por error, te reprende y te dice malas palabras, o si censura tu conducta uno que es inferior a ti o más merecedor que tú de reprensión, y que debería más bien ocuparse de sus cosas, no desprecies sus indicaciones, ni rechaces los consejos que te da, ni dejes de examinar con calma y a la luz de Dios tu conducta, y todo ello con la íntima persuasión de que caerías a cada paso si la gracia de Dios no te preservara.

XXVI

Nunca anheles ser amado de manera singular. Puesto que el amor depende de la

voluntad, y la voluntad está inclinada hacia el bien por naturaleza, ser amado, y ser amado como bueno, es una misma cosa; ahora bien, el afán de ser estimado por encima de los demás es inconciliable con una sincera humildad. ¡Qué gran fruto obtendrás si obras así! Tu alma, no mendigando ya el amor de las criaturas, se refugiará en las sagradas llagas del Salvador; allí, en el Corazón adorable de Jesús, experimentarás las indecibles dulzuras divinas, y habiendo renunciado generosamente por Él al amor de los hombres, podrás gustar en abundancia la miel de los consuelos divinos, que le serían negados si hubiese sido presa del dulzor falso y mentiroso de los consuelos terrenos; porque los consuelos divinos son tan puros y sinceros, que no pueden ser mezclados con los consuelos de aquí abajo, y somos inundados por aquéllos en la medida en que nos vaciamos de éstos. Por otra parte, tu alma podrá volverse libremente hacia Dios y reposar en Él con el pensamiento de su presencia y de sus perfecciones infinitas. Por último, no habiendo cosa más dulce que amar y ser amado, si te privas de este placer por amor de Dios, y Dios se posesiona de tu corazón, no dividido por el amor de otra criatura, ofrecerás un sacrificio muy acepto a Dios, y no temas que obrando así se

vaya a enfriar tu amor al prójimo pues no le amarás por interés, por seguir tu inclinación, sino tan sólo por dar gusto a Dios, haciendo lo que sabes le agrada.

XXVII

Haz todas las cosas, por pequeñas que sean, con mucha atención y con el máximo esmero y diligencia; porque el hacer las cosas con ligereza y precipitación es señal de presunción; el verdadero humilde está siempre en guardia para no fallar aun en las cosas más insignificantes. Por la misma razón, practica siempre los ejercicios de piedad más corrientes y huye de las cosas extraordinarias que te sugiere tu naturaleza; porque así como el orgulloso quiere singularizarse siempre, así el humilde se complace en las cosas corrientes y ordinarias.

XXVIII

Convéncete de que no eres buen consejero de ti mismo, y por eso, teme y desconfía de tus opiniones, que tienen una raíz mala y corrompida. Con esta persuasión, aconséjate, en lo posible, de hombres sabios y de buena conciencia, y prefiere ser gobernado por uno que sea mejor que tú a seguir tu propio parecer.

XXIX

Por alto que sea el grado de gracia y de virtud a que hayas llegado, por grande que sea el don de oración que Dios te haya concedido, aunque hayas vivido durante mil años en la inocencia y en el fervor de la devoción, debes caminar siempre con temor y desconfiar de ti mismo, especialmente en materia de castidad: no olvides que llevas dentro de ti un fomes inextinguible y una fuente inagotable de pecados, y piensa que eres todo debilidad, inconstancia, infidelidad. Está siempre en guardia sobre ti mismo; cierra los ojos para no ver ni sentir lo que podría manchar tu alma; huye siempre de las ocasiones peligrosas; evita todas las conversaciones inútiles con personas del otro sexo, y en las necesarias mantente en la más escrupulosa modestia y contención; finalmente, puesto que sin la gracia de Dios no puedes hacer nada bueno, pídele continuamente que tenga misericordia de ti y que no te deje solo en ningún momento.

XXX

¿Has recibido de Dios grandes talentos? ¿O eres, por ventura, un grande del mundo?

Esfuérzate en conocerte tal y como eres y procura convencerte de tu debilidad, de tu incapacidad y de tu nada; debes hacerte más pequeño que un niño; no andes tras las alabanzas de los hombres, ni ambiciones los honores; antes bien rechaza aquéllas y éstos.

XXXI

Si te hacen alguna injuria o te ocasionan algún grave disgusto, en vez de indignarte con quien te ha ofendido, alza los ojos al cielo y mira al Señor, que con su infinita y amable providencia lo ha dispuesto así para hacerte expiar tus pecados, o para destruir en ti el espíritu de soberbia, obligándote a hacer actos de paciencia y de humildad.

XXXII

Cuando se te presente la ocasión de prestar algún servicio bajo y abyecto al prójimo, hazlo con alegría y con la humildad con que lo harías si fueras el siervo de todos. De esta práctica sacarás tesoros inmensos de virtud y de gracia.

XXXIII

No te preocupes por aquellas cosas que no están a tu cuidado y de las que no tienes que rendir cuenta ni a Dios ni a los hombres; porque

el ocuparse en ellas es signo de secreta soberbia y de vana presunción de sí mismo, alimenta y hace crecer la vanidad y es causa de mil preocupaciones, inquietudes y distracciones. Por el contrario, si atiendes sólo a ti mismo y a tu deber, hallarás un manantial de paz y de tranquilidad, según las palabras de la Imitación de Cristo: No te entrometas en lo que no te han encomendado; así podrá ser que pocas veces o muy de tarde en tarde te turbes.

XXXIV

Si haces alguna mortificación extraordinaria, procura preservarte del veneno de la vanagloria, que destruye a menudo todo su mérito; hazla tan sólo porque desdeciría de un pecador que viviera según su propio capricho, y también por tantas deudas como tienes que saldar ante la justicia divina. Piensa que los actos de penitencia te son tan necesarios para detener la violencia de las pasiones y mantenerte dentro de los límites del deber, como la brida y el freno para domar un impetuoso caballo.

XXXV

Cuando sientas el aguijón de la impaciencia y seas presa de la tristeza en tus tribulaciones y

humillaciones, resiste fuertemente esa tentación, acordándote de tantos pecados, por los que has merecido castigos mucho más duros de los que estás sufriendo. Adora la justicia infinita de Dios y recibe respetuosamente sus golpes, que son para ti fuentes de misericordia y de gracia. Si pudieses comprender cuan saludable es ser herido en esta miserable vida por la mano de un Padre tan dulce como es Dios, te abandonarías por completo en sus manos. Repite a menudo con San Agustín: Quema y arranca de mí en esta vida todo lo que quieras, no perdones nada ni me ahorres ningún sufrimiento, como tal que me perdones y me los ahorres todos en la eternidad. Rehúsar las tribulaciones es rebelarse contra la saludable justicia de nuestro Dios, es rechazar el cáliz que misericordiosamente nos brinda, y en el que el mismo Jesucristo, aunque inocente, ha querido beber el primero.

XXXVI

Si cometes alguna falta que es motivo para que te desprecie quien la presencié, siente un vivo dolor de haber ofendido a Dios y de haber dado un mal ejemplo al prójimo, y acepta la deshonra como un medio que Dios te envía para hacerte expiar tu pecado y para hacerte más

humilde y virtuoso. Si, por el contrario, el verte deshonrado te atormenta y te contrista, es que no eres verdaderamente humilde y que estás todavía envenenado por la soberbia. Pide entonces al Señor con mucha insistencia que te cure y te libre de ese veneno, porque si Dios no se apiada de ti caerás en otros abismos.

XXXVII

Si entre los que te rodean hay alguno que te parece despreciable, obrarás sabia y prudentemente si en vez de publicar y censurar sus defectos te fijas en las buenas cualidades naturales y sobrenaturales de que Dios le ha dotado, y que le hacen digno de respeto y honor. Al menos, ve siempre en él a una criatura de Dios, formada a su imagen y semejanza, rescatada con la sangre preciosa de Jesucristo, un cristiano marcado con la luz del rostro de Dios, un alma capaz de verle y poseerle por toda la eternidad, y quizá un predestinado por el consejo secreto de su adorable providencia. ¿Sabes tú, acaso, las gracias que el Señor ha derramado sobre él, o las que va a derramar? Pero sin entrar en más averiguaciones, quizá lo mejor sería rechazar inmediatamente todos esos

pensamientos de desprecio como venenosas
inspiraciones del tentador.

XXXVIII

Cuando te alaben, en vez de llenarte de vanagloria, piensa si aquellas alabanzas no serán la recompensa de lo poco bueno que has hecho. Evoca interiormente tu miseria merecedora del desprecio de los demás, y procura cortar la conversación, no para cosechar más alabanzas, como los soberbios que fingen ser humildes, sino con tal tacto y discreción, que no se vuelvan a acordar de ti. Y si no lo consigues, refiere a Dios todo el honor y toda la gloria, diciendo con Baruch y Daniel: A ti, Señor, toda honra y gloria y a nosotros, la vergüenza y el oprobio.

XXXIX

En la misma proporción en que deben causarte disgusto las alabanzas a ti dispensadas, debes experimentar alegría por los elogios y honores a los demás y, por tu parte, debes contribuir a honrarles en la medida en que la franqueza y la verdad te lo permitan. Los envidiosos no saben soportar las glorias del prójimo, porque estiman que van en disminución de las propias; precisamente por esto deslizan hábilmente en las conversaciones ciertas palabras ambiguas o frases de doble sentido, dirigidas a

menguar o a hacer dudosos los méritos que, con resentimiento por su parte, adornan a los demás. Tú no debes obrar así porque alabando a tu prójimo, alabas simultáneamente al Señor y le agradeces los dones que distribuye y los beneficios que se pueden obtener para Su servicio.

XL

Cuando oigas que difaman a tu prójimo, siente un verdadero dolor, y busca una excusa para el maledicente; pero tienes que salir en defensa de la persona que es blanco de la murmuración, y con tal destreza, que tu defensa no se convierta en una segunda acusación; así, ora insinuarás sus cualidades, ora pondrás de relieve la estima que merece a los otros y a tí mismo, ora cambiarás hábilmente de conversación o harás ostensible tu desagrado. Obrando de esta manera, harás un gran bien a tí mismo, al maledicente, a los oyentes y a aquel de quien se habla. Mas si tú, sin hacerte la más mínima violencia, te complaces en ver a tu prójimo humillado y te disgustas cuando lo ensalzan, ¡cuánto te falta todavía para alcanzar el tesoro incomparable de la humildad!

XLI

No habiendo cosa más provechosa para el progreso espiritual que el ser advertido de los propios defectos, es muy conveniente y necesario que los que te hayan hecho alguna vez esta caridad se sientan estimulados por tí a hacértela en cualquier ocasión. Luego que hayas recibido con muestras de alegría y de reconocimiento sus advertencias, imponte como un deber el seguirlas, no sólo por el beneficio que reporta el corregirse, sino también para hacerles ver que no han sido vanos sus desvelos y que tienes en mucho su benevolencia. El soberbio, aunque se corrija, no quiere aparentar que ha seguido los consejos que le han dado, antes bien los desprecia; el verdadero humilde tiene a honra someterse a todos por amor de Dios, y observa los sabios consejos que recibe como venidos de Dios mismo, cualquiera que sea el instrumento de que Él se haya servido.

XLII

Abandónate por completo en las manos de Dios y sigue las disposiciones de su amable Providencia, como un hijo cariñoso se abandona en los brazos de su amado padre. Déjale hacer lo

que Él quiera, sin turbarte e inquietarte por lo que pueda suceder; acepta con alegría, con confianza y con respeto todo lo que de Él venga. Obrar de otro modo sería una ingratitud hacia la bondad de su corazón, sería desconfiar de Él. La humildad nos abisma de manera infinita bajo el ser infinito de Dios; pero al mismo tiempo nos enseña que en Dios está toda nuestra fortaleza y todo nuestro consuelo.

XLIII

Es evidente que sin Dios no puedes hacer nada bueno, que sin Él caerías a cada paso, y la mínima tentación te vencería; reconoce tu debilidad e impotencia para practicar el bien, y no olvides que en todas tus acciones necesitas siempre del concurso divino. Que la consideración de estas verdades te mantenga inseparablemente unido a Él, como un niño que no conociendo otro refugio se aprieta contra el seno de su madre. Repite con el Profeta: Si el Señor no me hubiera ayudado, mi alma habitaría en la región del silencio, y: mírame y apiádate de mí, porque estoy solo y desvalido; oh Dios, ven en mi auxilio, apresúrate a ayudarme. No dejes nunca de dar gracias a Dios con todo tu corazón, y dale gracias, sobre todo, por los cuidados de

que te rodea, y pídele en todo momento que no te falte la ayuda que sólo Él te puede dar.

XLIV

Acude a la oración persuadido de tu indignidad y bajeza y lleno de un temor sagrado por la presencia de la suprema Majestad, cuya protección te atreves a implorar. ¿Hablaré a mi Señor yo que soy polvo y ceniza? Si recibes algún favor extraordinario, júzgate indigno de él, y piensa que Dios te lo ha concedido por su largueza y misericordia. No te complazcas vanamente atribuyéndolo a tus méritos. Si no recibes ningún don señalado, no te muestres descontento; considera que te queda mucho por hacer para merecerlo, y que Dios tiene harta bondad y paciencia permitiendo que estés a sus pies; como el mendigo que permanece durante horas enteras a la puerta del rico para alcanzar una pequeña limosna que remedie su miseria.

XLV

Da gloria a Dios por el feliz éxito de los asuntos que te han sido encomendados, y no te atribuyas a tí mismo más que los fallos que haya habido; sólo éstos te pertenecen: todo lo bueno es de Dios y a Él se debe la gloria y gratitud. Graba

con tal fuerza en tu espíritu esta verdad, que nunca más se borre de él; piensa que cualquier otro que hubiera tenido la gracia que tú tuviste lo hubiera hecho mucho mejor y no habría cometido tantas imperfecciones. Rechaza las alabanzas que te hagan por el éxito obtenido, porque no se deben a un vil instrumento como tú, sino a Él, soberano Artífice, que, si así lo quiere; puede servirse de una vara para hacer brotar el agua de una roca, o de un poco de tierra para devolver la vista a los ciegos y operar infinidad de milagros.

XLVI

Si, en cambio, van mal los asuntos confiados a tu cuidado, harto es de temer que el infeliz resultado haya de atribuirse a tu ineptitud y negligencia. Tu amor propio y tu soberbia, enemigas acérrimas de cualquier humillación, querrían echar la culpa a los demás, y si no lo consiguen, intentarán atenuarla. Mas tú no secundes sus viciosas inclinaciones, examina tu conducta, en conciencia, y temiendo haber fallado en algo, cúlpate ante Dios y acepta la humillación como un castigo merecido. Si tu conciencia no te acusa de culpa alguna, adora también en este caso las disposiciones divinas, y piensa que quizá tus faltas anteriores y tu

excesiva presunción han alejado de tí las bendiciones del cielo.

XLVII

Si en la Comunión tu corazón está inflamado de amor divino, tu espíritu debe estar penetrado de sentimientos de verdadera humildad. ¿Cómo no asombrarte al considerar que un Dios infinitamente puro e infinitamente santo llegue a esos extremos de amor por una miserable criatura como tú, y se te dé a Sí mismo en alimento? Abísmate en las profundidades de tu indignidad; acércate a la adorable santidad de Dios con suma reverencia, y cuando a este amable Señor, que es todo caridad, le plazca acariciarte, haciéndote partícipe de sus inefables dulzuras no disminuyas en nada el respeto debido a su infinita Majestad, no salgas nunca del lugar que te corresponde, y que es la sumisión, la abyección y la nada; pero que el sentimiento de tu pobreza y de tu miseria no te lleve a cerrar tu corazón y a menguar en nada esa santa confianza que debes tener en tan celestial banquete; antes, por el contrario, debe hacerte crecer en amor a tu Dios que se humilla hasta convertirse en alimento de tu alma.

XLVIII

Ten con tu prójimo vísceras de caridad y un manantial perenne de afabilidad y dulzura; busca con santa avidez la manera de ayudarle en todo; pero hazlo siempre por dar gusto al Señor; examina bien los motivos que te impulsan a obrar para descubrir las emboscadas de la vanidad y del amor propio; sólo a Dios debes referir todo el bien que hagas, porque has de saber que es una gran ganancia mantener oculta y secreta una obra buena de modo que sólo Dios la conozca; si por descuido tuyo viene a ser conocida de los hombres, pierde casi todo su valor, como un hermoso fruto que los pájaros han empezado a picotear.

XLIX

Ese saludable temor de desagradar a Dios que debes tener irá siempre acompañado de una continua súplica para que no te deje caer e impida con su infinita misericordia tan gran desastre. Este es el santo gemir del corazón, recomendado por los santos, que lleva a estar en guardia en todas nuestras acciones, a meditar en las verdades divinas y a despreciar las cosas temporales, a practicar la oración interior y a mantenerse alejado de todo lo que no sea Dios. En una

palabra, la fuente de la verdadera humildad y pobreza de espíritu; no la abandones nunca y, en lo posible, pídelas sin interrupción.

L

Un enfermo que desea vivamente la curación procura evitar todo lo que pueda retrasarla; toma con temor aun los alimentos más inofensivos y casi a cada bocado se para a pensar si le sentarán bien; también tú, si deseas de corazón curarte de la funesta enfermedad de la soberbia, si verdaderamente anhelas adquirir esta preciosa virtud, has de estar siempre en guardia para no decir o hacer lo que pueda impedírtelo; por esto, es bueno que pienses siempre si lo que vas a hacer te lleva o no a la humildad, para hacerlo inmediatamente o para rechazarlo con todas tus fuerzas.

LI

Otro motivo poderoso que debe impulsarte a practicar la hermosa virtud de la humildad es el ejemplo de nuestro divino Salvador, al cual debes conformar toda tu vida. Él ha dicho en el santo Evangelio: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón Y, como nota San Bernardo, ¿qué orgullo hay tan obstinado que no pueda ser

abatido por la humildad de este divino Maestro?. Se puede decir con toda verdad que sólo Él se ha humillado realmente y se ha abajado; nosotros no nos abajamos, nos colocamos en el lugar que nos corresponde; porque siendo ruines criaturas, culpables de mil delitos, sólo tenemos derecho a la nada y al castigo; pero nuestro Salvador Jesucristo se ha colocado por debajo del lugar que le corresponde. Él es el Dios omnipotente, el Ser infinito e inmortal, el Árbitro supremo de todo; sin embargo, se ha hecho hombre, débil y pasible, mortal y obediente hasta la muerte. Se ha rebajado hasta lo más ínfimo de las cosas. Aquel que es en el cielo la gloria y bienaventuranza de los Ángeles y de los Santos ha querido hacerse varón de dolores y ha tomado sobre sí las miserias de la Humanidad; la Sabiduría increada y el principio de toda sabiduría ha cargado con la vergüenza y los oprobios del insensato; el Santo de los Santos y la Santidad por esencia ha querido pasar por un criminal y un malhechor; Aquel a quien adoran en el cielo los innumerables ejércitos de los bienaventurados ha deseado morir sobre una cruz; el Sumo Bien por naturaleza ha sufrido toda suerte de miserias temporales. Y después de este ejemplo de humildad, ¿qué deberemos hacer nosotros, polvo y cenizas?

¡Podrá parecernos dura alguna humillación a nosotros, miserables pecadores!

LII

Considera también los ejemplos que nos han dejado los santos de la antigua y nueva Alianza. Isaías, aquel profeta tan virtuoso y observante, se creía impuro delante de Dios, y confesaba que toda su justicia, es decir, sus buenas obras, eran como un paño lleno de suciedad . Daniel, a quien el mismo Dios llamó santo, capaz de detener con su oración la cólera divina, hablaba a Dios como un pecador que está lleno de vergüenza y confusión. Santo Domingo, milagro de inocencia y santidad, había llegado a tal grado de desprecio por sí mismo, que creía atraer la maldición del cielo sobre las ciudades por las que pasaba. Y por eso, antes de entrar en cualquiera de ellas, se postraba con el rostro en tierra y decía llorando: Yo os conjuro, Señor, por vuestra amabilísima misericordia, que no miréis a mis pecados; para que esta ciudad que me va a servir de refugio no deba sufrir los efectos de vuestra justísima venganza. San Francisco, que, por la pureza de su vida, mereció ser imagen de Jesús Crucificado, se tenía por el más perverso pecador de la tierra, y este pensamiento estaba tan grabado en su corazón, que nadie se lo hubiera podido quitar, y argumentaba diciendo

que si Dios le hubiese concedido aquellas gracias al último de los hombres, habría usado mejor que él y no le habría pagado con tanta ingratitud. Otros Santos se consideraban indignos del alimento que comían, del aire que respiraban y de los vestidos con que se cubrían; otros tenían por un gran milagro el que la misericordia divina los soportase sobre la tierra y no los precipitara en el infierno; otros se maravillaban de que los hombres los tolerasen y que las criaturas no los exterminaran y aniquilaran. Todos los santos han abominado las dignidades, las alabanzas y los honores, y, por el gran desprecio que sentían por sí mismos, no deseaban sino las humillaciones y los oprobios. ¿Eres tú quizá más santo que ellos? ¿Porqué, siguiendo su ejemplo, no te tienes por algo despreciable a tus ojos? ¿Porqué no buscas, como ellos, las delicias de la santa humildad?

LIII

Para crecer más en esta virtud y para endulzar y familiarizarte con las humillaciones te sería muy provechoso que te representaras a menudo en la imaginación las afrentas que te pueden sobrevenir y te esforzaras en aceptarlas, aun a costa de la naturaleza recalcitrante, como prenda segura del amor que Dios te tiene y como

medio seguro de santificación. Quizá para ello tendrás que sostener muchos combates; pero sé valiente y esforzado en la pelea hasta que te sientas firme y decidido a sufrirlo todo con alegría por amor de Jesucristo.

LIV

Que no pase un solo día sin que te hagas los reproches que te podrían dirigir tus enemigos, no sólo para endulzártelos por anticipado, sino para humillarte y para despreciarte a ti mismo. Si luego, en medio de la tempestad de alguna violenta tentación, te impacientas y te lamentas interiormente al ver cómo te prueba Dios, reprime en seguida esos movimientos y di contigo mismo: ¿podrá quejarse un ruin y miserable pecador como yo de esta tribulación? ¿Por ventura no he merecido castigos infinitamente más duros? ¿No sabes, alma mía, que las humillaciones y los sufrimientos son el pan con que te ha socorrido el Señor a fin de que te levantases de una vez de tu miseria e indigencia? Si lo rehúsas, te haces indigna de él y rechazas un rico tesoro, que quizá te será quitado para dárselo a otros que hagan mejor uso de él. El Señor quiere hacerte del número de sus amigos y discípulos del Calvario, y tú, por cobardía, ¿vas a

huir el combate? ¿Cómo quieres ser coronado sin haber peleado? ¿Cómo pretendes el premio sin haber sostenido el peso del día y del calor? Estas y otras consideraciones semejantes encenderán tu fervor y excitarán en ti el deseo de llevar una vida de sufrimiento y de humillación como la de nuestro Salvador Jesucristo.

LV

Aunque en medio de los desprecios y de las contradicciones conserves la paz y la alegría, no creas por esto haber alcanzado la humildad, porque, a menudo, la soberbia no está sino adormecida, y basta con que se despierte para que comience a hacer estragos. Sean tus armas, de las que nunca debes separarte, el conocimiento de ti mismo, la huida de las alabanzas y el amor a las humillaciones. Cuando hayas adquirido esta rica heredad no temas perderla ya, porque el humillarse es el medio más seguro para conservar el don precioso de la humildad.

LVI

Si quieres que Dios te conceda más fácilmente ese beneficio, toma por abogada y protectora a la Santísima Virgen. San Bernardo dice que María se ha humillado como ninguna

otra criatura, y que siendo la más grande de todas, se ha hecho la más pequeña en el abismo profundísimo de su humildad. Gracias a esto, María ha recibido la plenitud de la gracia y se ha hecho digna de ser Madre de Dios. María es, al mismo tiempo una madre de misericordia y de ternura, a la que nadie ha recurrido en vano; abandónate lleno de confianza en su seno materno; pídele que te alcance esa virtud que Ella tanto apreció; no tengas miedo de no ser atendido, María la pedirá para ti de ese Dios que ensalza a los humildes y reduce a la nada a los soberbios; y como María es omnipotente cerca de su Hijo, será con toda seguridad oída. Recurre a Ella en todas tus cruces, en todas tus necesidades, en todas las tentaciones. Sea María tu sostén, sea María tu consuelo; pero la principal gracia que debes pedirle es la santa humildad; no te canses de pedírsela hasta que te la conceda, y no tengas miedo de importunarla; ¡cuánto le gusta a María que la importunes por la salud de tu alma y para ser más agradable a su divino Hijo! Pídele, por último, que te sea propicia. Se lo pedirás por su humildad, que fue la causa de que fuese elevada a la dignidad de Madre de Dios, y por su Maternidad, que fue el fruto inefable de su humildad.

LVII

Asimismo, acude a aquellos santos que más han destacado en esta virtud. A San Miguel, que fue el primer humilde, como Lucifer fue el primer soberbio; a San Juan Bautista, que, aunque llegó a tan alto grado de santidad, que le tomaron por el Mesías, tenía tan bajo concepto de sí mismo; que se juzgaba indigno de desatar la correa de sus zapatos; a San Pablo, el Apóstol privilegiado, que fue arrebatado al tercer cielo, y que, después de haber escuchado los arcanos de la divinidad, se tenía por el último de los apóstoles, hasta el punto de no merecer ni siquiera ese nombre ; a San Gregorio Papa, que, por escapar al Sumo Pontificado de la Iglesia, se esforzó más que los ambiciosos por conseguir los mayores honores; a San Agustín, que, en la cima de la gloria que recibía de todos como Santo Obispo y Doctor de la Iglesia católica. dejó en su libro admirable de las Confesiones y en el de las Retractaciones un monumento inmortal de su humildad; a San Alejo, que, en la casa paterna, prefirió los desprecios y los ultrajes de sus servidores a los honores y dignidades que fácilmente hubiera podido cosechar; a San Luis Gonzaga, que siendo señor de un rico

marquesado renunció a él con alegría y cambió las grandezas del siglo por una vida humilde y mortificada; en fin, recurrirás a tantos y tantos santos que resplandecen con luz muy viva por su humildad en las festividades de la Iglesia. Todos estos humildes siervos de Dios intercederán en el cielo por ti, para que te cuentes en el número de los imitadores de su virtud.

LVIII

La frecuencia en la Confesión y en la Comunión te proporcionará la ayuda más eficaz para perseverar en la práctica de la humildad. La Confesión, por la que revelamos a uno que es semejante a nosotros las miserias más secretas y vergonzosas de nuestra alma, es el acto más sublime de humildad que Jesucristo ha mandado a sus discípulos. La Santa Comunión, por la que recibimos en nuestro pecho a Dios hecho hombre y anonadado por amor nuestro, es una maravillosa escuela de humildad y un medio muy poderoso para adquirirla. ¿Cómo podrás dudar que tu amable Jesús no te la vaya a comunicar cuando su Sagrado Corazón, tan manso y humilde, horno de amor y de caridad, repose sobre tu corazón, que se la pide con todo el fervor del alma? Acércate con la mayor frecuencia que

puedas a recibir ese adorable Sacramento, y si lo haces con las disposiciones necesarias, encontrarás siempre el maná escondido, reservado a los que de veras le buscan.

LIX

Mantente siempre firme a pesar de las dificultades que encuentres en las prácticas que hasta aquí te he enseñado, a pesar de la oposición que encuentres en ti mismo. No digas como los discípulos del Evangelio: dura es esta doctrina, ¿quién podrá practicarla? Porque yo te aseguro que todas las amarguras que experimentes al principio se convertirán bien pronto en dulzuras inefables y en consuelos celestiales. La perseverancia en estos ejercicios te librará de mil angustias del espíritu e infundirá en tu corazón una paz y un sosiego que te harán gustar por adelantado del goce preparado por el Señor en el cielo a sus fieles servidores. Si por pereza dejas de poner los medios necesarios para alcanzar la humildad, te sentirás pesaroso, inquieto, descontento y harás la vida imposible a ti mismo y quizá también a los demás, y, lo que más importa, correrás gran peligro de perderte eternamente; al menos se te cerrará la puerta de la perfección, ya que fuera de la humildad no hay

otra puerta por la que se pueda entrar. Ármate, pues, de un santo atrevimiento para que nadie te pueda abatir; alza los ojos y mira allá arriba a Jesús Crucificado, que, cargado con su cruz, te enseña el camino de la humildad y de la paciencia, que han recorrido ya muchos santos que reinan con El en el cielo; mira cómo te anima a seguir su camino y el de los verdaderos imitadores de su virtud. Mira a los santos ángeles cómo ansían tu salvación, mira cómo te animan a que tomes la senda angosta, la única segura, la única que conduce al cielo y que nos hace ocupar esos lugares del paraíso que dejó vacíos la soberbia de los ángeles rebeldes. ¿No oyes cómo los bienaventurados proclaman por todo el paraíso que la única vía que les ha permitido gozar de esa gloria inmensa es la de las humillaciones y sufrimientos? Contempla cómo gozan y se alegran contigo por esos primeros deseos que has concebido de imitarlos; mira cómo te animan a no perder el ánimo. Ármate, pues, de fuerza y de: valor para comenzar sin tardanza esa gran obra. Acuérdate de los sacrosantos juramentos que has hecho en el Bautismo, y tiembla ante el solo pensamiento de violar la santidad de las promesas que hiciste a Dios en ese día. Son palabras de Cristo que el

reino de los cielos sufre violencia . Bienaventurado mil y mil veces si, estando convencido de ello, te resuelves verdaderamente a practicar la humildad que te merecerá la eterna grandeza del paraíso.

LX

Piensa, por último, que nuestro divino Maestro aconsejaba a sus discípulos que se tuviesen por siervos inútiles aun después de haber hecho todo lo que les había sido mandado . De la misma manera, tú, cuando hayas observado con la máxima exactitud estos consejos, debes tenerte por siervo inútil; convéncete que lo debes no a tus fuerzas y méritos, sino a la bondad y a la infinita misericordia de Dios; dale gracias por tan gran beneficio de todo corazón. Finalmente pídele todos los días que te conserve este tesoro hasta el momento en que tu alma, desligada de los vínculos que la tenían atada a las criaturas, vuele libremente hacia el seno de su Creador para gozar allí eternamente de la gloria que está reservada a los humildes.

SERMÓN DE SAN AGUSTÍN

SOBRE EL TEMOR DE DIOS Y LA VERDADERA HUMILDAD

David, profeta y salmista, que, como atestigua la Escritura, fue elegido según el corazón de Dios, y que hizo siempre y en todo su voluntad, nos muestra en un lugar lo que desea y ama nuestro Creador, diciendo: «¿Quién es semejante al Señor, Dios nuestro, que habita en las alturas, y tiene cuidado de las cosas humildes en el cielo y en la tierra?»²¹ Y en verdad, si el Altísimo Señor de infinita excelencia y grandeza, en todas sus criaturas, tanto en las más elevadas como en las más pequeñas, es decir, en los ángeles y en los hombres, tiene en mucho y premia la humildad, ¿cómo no va a mirar continuamente por nuestra humildad y a conservárnosla siempre y en todo, por agradar a nuestro Creador? La grandeza de esta virtud se deduce fácilmente de las palabras del Señor, que, para condenar la soberbia de los fariseos, dice: «El que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado».²² Sólo a pasos de humildad se sube a lo alto de los cielos; porque allí arriba, al Dios excelso, no se llega con la soberbia, sino con la humildad. Está escrito que Dios resiste a los soberbios y a los humildes

da su gracia;²³ y en los Salmos se dice: «Excelso es el Señor, que cuida de las cosas humildes y conoce desde lejos las elevadas». ²⁴ Aquilas cosas elevadas son los soberbios; cuida de los humildes para exaltarlos,-y conoce las cosas elevadas, es decir, a los soberbios, para abatirlos. Aprendamos la humildad, que nos acerca a Dios,- como El mismo dice en el Evangelio: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el descanso para vuestras almas». ²⁵ Por la soberbia la admirable criatura angélica fue arrojada del cielo, y por la humildad de Dios la frágil naturaleza humana lo conquistó, como dice Salomón: "Donde hay soberbia, hay discordia; donde hay humildad, hay sabiduría". ²⁶ Otro sabio dice también: «Cuanto más grande seas, humíllale más y hallarás gracia ante Dios»; ²¹ y el mismo Dios dice: «Mis miradas se posan sobre los humildes y sobre los de contrito corazón que temen mis palabras». En el que no es humilde y manso no puede habitar la gracia del Espíritu Santo. Dios se ha hecho humilde para salvarnos, avergüéncese el hombre de ser soberbio. Cuanto más se abaja el corazón por la humildad, más se levanta hacia la perfección; porque el humilde será exaltado en la gloria. El primer grado de la humildad es escuchar humildemente las palabras

de la verdad, grabarlas en la memoria y ponerlas por obra. Es cierto que la verdad huye siempre de las mentes que no son humildes. Cuanto más humilde sea el hombre ante sí mismo, más grande será ante Dios; el soberbio, cuanto más glorioso aparece ante los hombres, más abyecto es delante de Dios. El que reúne todas las demás virtudes y no tiene caridad es como el que transporta el polvo contra el viento. Además, la Escritura dice: «¿De qué te ensoberbeces, polvo y cenizas», si el viento de la soberbia disuelve y dispersa cuanto has reunido con ayunos y limosnas? No te gloríes por tus virtudes, porque no serás tú tu juez, sino otro, ante el cual procura humillarte en tu corazón, a fin de que El te exalte en el tiempo de la retribución. Baja si quieres subir, humíllate si quieres ser exaltado, para que cuando seas exaltado no vengas a ser humillado, porque el que es deforme a sus propios ojos es hermoso delante de Dios; el que se disgusta a sí mismo agrada a Dios; sé, pues, pequeño a tus ojos para que seas grande a los de Dios; porque serás tanto más precioso a . los ojos de Dios cuanto más bajo seas ante ti mismo. En el sumo honor, ten suma humildad; la alabanza del honor es la virtud de la humildad.

Pero nadie puede alcanzar la virtud de la humildad sin la del temor de Dios; porque la una no puede existir sin la otra. Escuchad, hijos míos, cuáles son los efectos del temor de Dios: el temor de Dios es el principio de la sabiduría;-® el temer de la presencia de Dios es el gran medio para evitar el pecado; quien teme a Dios con todas sus fuerzas se guarda de pecar; a quien teme a Dios le irá bien en sus postrimerías y el día de su fin hallará gracia.

Quien se avergüenza de pecar delante de los hombres, cuánto mejor haría si se avergonzara de hacer el mal en presencia de Dios, que ve no sólo las obras sino también los corazones. Quien teme a Dios santamente procura hacer su beneplácito. Distinto es el temor del siervo: el siervo teme por miedo a la pena; el hijo, por amor al padre. Si somos hijos de Dios temámosle por la dulzura de la caridad, no por la amargura del temor. El hombre sabio obra siempre con temor de Dios, porque sabe que es imposible huir de su presencia; como dice a Dios el Salmista: «¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿A dónde huir de tu presencia?»? y en otro lugar añade que ni en Oriente ni en Occidente podrá nadie esconderse de Dios. Quien teme al Señor recibe su doctrina,

y quien es celoso en observar sus mandamientos hallará la bendición sempiterna. Dichosa el alma de quien teme a Dios, está fuerte contra las tentaciones del diablo: «Bienaventurado el hombre que persevera en el temor» y a quien le ha sido dado tener siempre ante los ojos el temor de Dios. Quien teme al Señor se aparta del mal camino y dirige sus pasos por la senda de la virtud; el temor de Dios hace al hombre precavido y vigilante para no pecar. Donde no hay temor de Dios reina la vida disoluta; el que no teme a Dios en la prosperidad, témallo al menos en la adversidad y refúgiase en el que azota y sana. Bienaventurado el hombre que teme al Señor, y que se deleita en gran manera en sus mandamientos',- el temor de Dios repele el temor del infierno, porque hace que el hombre huya del pecado y multiplique sus buenas obras. Tras lo cual llegará a aquel temor que se llama santo, y permanece para siempre?- porque está fundado en el amor. Así, hermanos míos, debemos temer a Dios, para que lleguemos a amar; porque la perfecta caridad echa fuera el temor servil, y de ese modo podemos tener firme seguridad y plenitud de todo bien. Por esto dice el Profeta: "Temed al Señor, vosotros sus santos, pues nada falta los que le temen; se empobrecen los ricos y

en la penuria pasan hambre, pero nunca faltará nada a los que buscan al Señor».

Por lo cual os exhorto, amadísimos, a tener siempre ante los ojos de vuestra mente el temor de Dios y a no olvidar nunca sus preceptos, y a considerar que quien menosprecia y rechaza sus mandamientos irá al dolor eterno; os suplico que tengáis interiormente en vuestro corazón la verdadera humildad y que la inculquéis en vuestros prójimos con normas no fingidas, de tal modo que también ellos, edificados por vuestros buenos ejemplos, den gloria a Dios y se esfuercen, en unión con vosotros, en recibir en el cielo la eterna recompensa con la ayuda y con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por todos los siglos de los siglos. Así sea.

EXHORTACIONES A LA HUMILDAD

I

Sepan los humildes que nuestro Redentor se humilló a sí mismo, haciéndose obediente al Padre hasta la muerte, sepan los soberbios que de su capitán está escrito: El es el rey de todos los hijos de la soberbia. Por tanto, la soberbia del diablo fue la causa de nuestra ruina, y el fundamento de nuestra redención fue la humildad de Dios. Pues nuestro enemigo, criatura como las otras, quiso mostrarse más soberbio que todas; en cambio, nuestro Redentor, el mayor entre todas las cosas, se dignó hacerse el más pequeño de todos. Dígase, pues, a los humildes que, al par que ellos se abajan, aumenta su semejanza con Dios; y dígase a los soberbios que, al par que ellos se engríen, descienden, a imitación del ángel apóstata. Y, en verdad, ¿qué cosa hay más baja que la soberbia, que cuanto más se levanta, más se aleja de la cima de la verdadera elevación? ¿Y qué hay más sublime que la humildad, que cuanto más se abaja más se allega a su Autor, que mora en lo más alto?

II

Estas dos virtudes, es decir, la humildad y la caridad, son tan indivisibles y tan inseparables, que el que se establece en una de ellas de la otra forzosamente se adueña, porque así como la humildad es una parte de la caridad, así la caridad es una parte de la humildad. Y así, si nos paramos a mirar las cosas que el Apóstol llamó estériles sin el bien de la caridad, observamos que esas mismas son también infructuosas si falta la verdadera humildad. Y en verdad, ¿qué fruto puede dar la ciencia con la soberbia, o la fe con la gloria humana, o la ostentación por la limosna, o el martirio con el orgullo? Por lo cual, ya que lo mismo la humildad que la caridad tienden a derribar a la soberbia, valga de la una lo que se lia dicho de la otra.

San Ambrosio Epíst., lib. X, Ad Demetriadem

III

Con la humildad se conserva la caridad, ya que no hay cosa que más pronto la viole que la soberbia. Por esto, el Señor no dijo: "Tomad mi yugo y aprended de mí, que he resucitado cadáveres de cuatro días y expulsado de los hombres los demonios, curo las enfermedades y hago otras

maravillas semejantes", sino que dijo: Tomad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón,*[®] porque esos milagros son signos de cosas espirituales, mientras que el ser manso y humilde es la custodia de la caridad.

San Agustín In exposit. Epist. ad Gálatas

IV

El que sabe que es ceniza y tierra, y que se convertirá muy pronto en polvo, no puede jamás ensoberbecerse. Y quien, después de haber considerado la eternidad de Dios, reflexione sobre este breve intervalo — casi un punto en el espacio—, que es la vida humana, tendrá siempre ante los ojos la muerte y será humilde y sumiso. Porque este cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y nuestro espíritu, vuelto a muchas cosas, se ve oprimido por este habitáculo terreno. Por lo cual, digamos con toda humildad: Señor, no se ensoberbece mi corazón, ni son altaneros mis ojos, ni corro tras de grandezas ni de casas demasiado altas para mí.⁴¹ La humildad no debe estar tanto en las palabras como en la mente; debemos estar convencidos en nuestro interior que somos nada y que nada valemos.

San Jerónimo

In exposit. Epíst. ad Ephes., cap. IV.

Hijo mío, atiende a la humildad, que es la virtud más sublime y la escalera para subir a la cima de la perfección; porque los propósitos sólo se cumplen por humildad, y las fatigas de muchos años por la soberbia quedan reducidas a nada. El hombre humilde es semejante a Dios, y lo lleva consigo en el templo de su pecho; el soberbio es odioso a Dios, y se asemeja al demonio. El humilde, aunque externamente parezca ruin y despreciable, resplandece por sus virtudes, y el soberbio, aunque parezca hermoso y diáfano a los ojos de los que le contemplan, sin embargo sus obras proclaman su insignificancia, y la soberbia se le nota en la manera de andar o en cualquiera de sus movimientos, y su ligereza la denuncia bien a las claras su conversación. Anda siempre mendigando las alabanzas de los hombres, y, siendo pobre en toda suerte de virtudes, pretende aparentar que las tiene en abundancia. No puede estar sujeto a nadie, aspira siempre a ser el primero, y hace todo lo que está en su mano para elevarse a mayor altura; lo que no puede obtener por sus méritos lo usurpa con su ambición. Está siempre lleno de aire como un odre, y en cualquiera de sus acciones es tan voluble, que parece una nave sin piloto que es juego de las olas. El humilde, por el contrario, se man-

tiene alejado de los honores terrenos y se tiene por el último de los hombres; aunque exteriormente parezca poca cosa, es de gran valor ante Dios. Y cuando ha hecho todo lo que el Señor le ha maridado, afirma no haber hecho nada, y anda solícito por esconder todas las virtudes de su alma. Pero el Señor divulga y descubre sus obras, da a conocer sus maravillosos hechos, le exalta y le concede todo lo que le pide en su oración.

San Basilio Magno Admonitiones ad filios spirít.

VI

El pobre de espíritu es humilde de corazón; es pobre de espíritu el que se tiene en poco; en cambio, es rico de espíritu el que se estima en mucho y no cumple el mandato de Cristo que dice: Si no os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos. Porque el que se ha hecho ya niño es pobre de espíritu. Y, aunque según el testimonio de Cristo y el del Apóstol,⁴⁴ la plenitud de la ley es el amor, sin embargo, la raíz del amor es la humildad y la madre del odio es la soberbia. Así, pues, el principio de todo bien es la humildad y el de todo mal es la soberbia.

VII

He aquí cuál es el fundamento de la humildad: tenerse por un pecador y creerse incapaz de hacer nada bueno delante de Dios. He aquí cual es la práctica de la humildad: el amor al silencio, no medirse con nadie, no contradecir, estar sujeto..., tener ante los ojos la muerte, aborrecer la mentira, huir del hablar vano y soberbio, no oponerse a los mayores, no ser obstinado en los propios juicios, sufrir las injurias, odiar el vicio, no rehuir los trabajos y estar siempre con ánimo vigilante. Hermano mío, procura observar dili-

gentemente estos preceptos si no quieres que tu alma se convierta en cubil de las más viciosas aficiones: esfuérzate en cumplir cada uno de ellos para que no se convierta en algo vacío y estéril el breve curso de tu vida.

San Juan Damasceno Sacra Parallela, lib. III, cap. LXXXIV

VIII

La verdadera humildad de los fieles es ésta: no ensoberbecerse de nada, no murmurar de nadie, no ser desagradecido, no lamentarse ni quejarse. Siempre y en todo dad gracias a Dios por todo lo que os suceda.

SAN ANSELMO Comm. in I. Tress., cap. V

IX

Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles... El justo florecerá como el lirio. ¿Y quién puede ser justo sin ser humilde? Cuando el Señor se inclinó bajo las manos de San Juan Bautista, que no era sino su siervo, y éste, con veneración a tan soberana Majestad, se resistía a bautizarle, le dijo: Déjame obrar ahora, que así conviene que cumplamos toda justicia', fundando, sin duda, la consumación de la justicia en la humildad. El justo, pues, es humilde; el justo es el valle. Y nosotros, si somos hallados humildes,

germinaremos también como el lirio y floreceremos eternamente en la casa del Señor. ¿No mostrará El que es verdaderamente lirio cuando transforme el cuerpo de nuestra humildad y lo haga semejante al suyo glorioso? No dice nuestro cuerpo, sino el cuerpo de nuestra humildad, significando que solamente los humildes serán esclarecidos y revestidos de la blancura maravillosa del lirio. Y basta lo dicho para inteligencia de ¡3? palabras del Esposo en que dice ser El la flor del campo y el lirio de los valles.

San Bernardo Super Cántica, Serm. 47

X

La verdadera humildad no muestra que lo es, ni anda diciendo palabras humildes, porque no sólo desea ocultar las otras virtudes, sino principalmente ocultarse a sí misma, y si le fuese lícito mentir, fingir o escandalizar al prójimo, prorrumpiría en acciones arrogantes y altivas, para encubrirse con ellas y vivir enteramente desconocida y oculta. Por tanto, mi sentir es que, o no digamos palabras humildes, o las digamos de todo corazón, pensando interiormente lo mismo que exteriormente pronunciamos: no bajemos los ojos sin humillar el corazón al mismo tiempo, no demos a entender que queremos el último lugar sin quererlo verdaderamente... El verdadero humilde más quiere que otro diga que es miserable, que es nada, que nada vale, que no decirlo él mismo; o por lo menos, cuando sabe que lo dicen así, no lo contradice, sino que de buena gana se conforma; porque como lo cree firmemente, se alegra de que sigan su opinión.

San Francisco de Sales

Introd. a la vida devota, parte III, cap. V

XI

Si recibes alguna afrenta, súpela con paciencia, a fin de que te sirva para aumentar tu amor por quien te menosprecia. Esta es la piedra de toque para saber si una persona es humilde y santa. Si se rebela, aunque hiciese milagros sería como una caña movediza. Decía el P. Baltasar Alvarez que cuando llegan las humillaciones es el momento de ganar preciosos tesoros. Ganarás más si recibes con paz un desprecio que con diez ayunos a pan y agua. Son buenas las humillaciones con que probamos a los demás, pero mucho mejor es aceptar las humillaciones que nos hacen, porque en éstas hay menos nuestro y más de Dios; de aquí que nos reporten mayores beneficios si las sabemos sufrir. Porque ¿qué sabe hacer un cristiano si no sabe sufrir un desprecio por Dios? ¡Cuántos desprecios sufrió Jesucristo por nosotros: bofetadas, burlas, azotes, salivazos! Si amásemos a Jesucristo no nos quejaríamos de las afrentas, sino que nos gloriaríamos en ellas por amor de Jesucristo.

San Alfonso Ma. de Ligorio Obras espirituales

XII

Ayuda mucho a vivir con mayor humildad, que otros conozcan nuestros defectos y los reprendan. Cuando un hombre se humilla por sus defectos, fácilmente aplaca a los demás y con poca dificultad satisface a los que están irritados contra él. Dios defiende y saca libre al humilde, lo ama y le consuela, se inclina hacia él, le concede abundantes gracias y después de su abatimiento le levanta a gran honra. Le descubre sus secretos, le atrae dulcemente hacia Sí y le convida. El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque descansa en Dios y no en el mundo. No pienses haber aprovechado algo si no te estimas por el más pequeño de todos.

Tomás de Kempis

Imitación de Cristo, lib. II, cap. 2

XIII

Es común sentir de los teólogos que tendrá más lumen gloriae el que tenga mayor caridad. Esta gloria sólo se dará a los humildes de corazón, ya que la verdadera caridad se adapta a las cosas humildes para ascender a las elevadas. Pero ¿por qué te ensoberbeces en medio del fasto mundano tú que eres polvo y ceniza, masa de

podredumbre, pasto de gusanos? Conócete muy bien a ti mismo si quieres avergonzarte y llenarte de confusión. De todos los males, la raíz es la soberbia; de todos los bienes, la raíz es la caridad; pero ésta no la podrás plantar si no has arrancado aquélla. Para desarraigarla sírrete de la caridad, que es la única que te puede enseñar cómo resistir al espíritu de soberbia. Podrás hacer frente a la soberbia si ocultas tus virtudes y pones de manifiesto tus defectos. Pon mucho cuidado en esto; que la soberbia está precisamente en no poder sufrir que otro te diga lo que tú de buen grado dirías de ti mismo.

CARD.JUAN BONA DeArt. Div.Am., cap. 19

XIV

Si alguno eres, ser algo, se engaña a sí mismo, ¡mes es nada.⁴⁹ Si se entendiesen bien estas pala-bras que el Apóstol propone a tu consideración, la vanagloria habría desaparecido del mundo. ¿Por qué será que la gente se ensoberbece cada vez más? Superbia eorum qui odemnt te ascendit semper. Porque la ceguera les impide conocerse a sí mismos. Creen que son algo y no son nada. Y esas palabras van dirigidas a todos. Si alguno, el que sea, si alguno cree ser algo, no dice algo grande, sino simplemente algo;

si alguno cree ser algo, se engaña a sí mismo, pues es nada. Esta es, pues, la gran verdad de que te has de convencer: que tú por ti mismo no eres nada. ¿Y por qué? Porque tú de ti mismo no tienes nada, a excepción del pecado, que es el peor mal. Todo lo que posees fuera del pecado es de Dios. Para conseguir la verdadera humildad hay que abismarse en este conocimiento. Porque, aunque la esencia de la humildad está en la voluntad que se abaja modestamente, sin embargo, la voluntad se abaja siguiendo la dirección y en la medida que le señala el entendimiento.

P. Paolo segneri Man. dell'an., XI, Agost.

XV

Cuando alguien te alabe y te honre, únete a los desprecios, a las burlas, a las afrentas que sufrió el Hijo de Dios. Ten por cierto que un alma verdaderamente humilde halla ocasión de humillarse tanto en los desprecios como en las alabanzas, y hace como la abeja que va elaborando su miel no del rocío caído sobre el ajeno, sino del que ha bañado a la rosa.

San Vicente de Paúl